

Los pequeños coyotes

Andrea Macías

La soledad nunca ha sido buena compañía, mucho menos con tres hijas y un hijo que poco a poco se rebelaban más y más. El año en que estuvo ausente mi padre parecía ser cien años y un día mi madre dijo: “¡Basta ya, ni un año más!”. Cansada de cargar sola con la familia, ella le puso las cartas sobre la mesa a mi papá: “¡Una de dos, José, nos llevas contigo o te regresas para seguir con nuestras vidas JUNTOS!”. Con un cambio de ropa para cada uno, la familia Macías emprendió el camino hacia el viaje que nunca olvidarían.

Llegando a la orilla del río, mis padres se toparon con unos pequeños niños: “tendrían unos doce años, vestían sólo con shorts y playeras y estaban solitos sin nadie que cuidara de ellos en ese momento”. ¡Estos pequeños niños ofrecieron pasar a mis papás y sus hijos por el río por menos de doscientos pesos! No lo podían creer, ¿acaso sus papás les enseñarían a ser unos pequeños coyotes? No teniendo de otra, mis papás aceptaron la oferta.

Estos niños eran expertos en cruzar a la gente por el río. Quizá lo poco que cobraban era lo que mantenía vivos a estos niños. Tenían sus “lanchas especiales”, unas simples llantas inflables con una tabla de madera arriba. Empujaban esas lanchas mientras ellos nadaban, y en plena luz de día cruzaron a mi familia de un mundo a otro, embarcándolos hacia la segunda etapa de esta aventura.

Después de haber cruzado el río, una autopista traficada los esperaba. Para llegar al parque donde el primo de mi papá los esperaba, tenían que cruzar la carretera. Los carros zumbaban enfrente de ellos y torreando a los carros llegaron al parque pensando que la habían librado. El parque estaba lleno de todo tipo de gente disfrutando del hermoso día, y para la desgracia de mi familia, en ese mismo parque se aparecieron unos hombres altos, intimidantes, con uniforme. Mis papás vieron a la migra primero y corrieron a esconderse a los baños. El primo de mi papá estaba en el parque observando todo y esperando que dejaran de buscar a mi familia. En cuanto parecía que la patrulla fronteriza se había cansado de buscar a mi familia, todos rápidamente se subieron al carro del primo de mi papá. La migra miró que se escapaba mi familia y empezó a seguir al carro. El primo de mi papá condujo locamente entrando por una calle y saliendo por otra hasta que logró perderlos.

La última y quizá la más difícil meta era llegar a Albuquerque. Mi familia caminaba por el aeropuerto de El Paso disfrazada con ropa que los hiciera pertenecer entre la multitud de la gente estadounidense. Caminaban con la cabeza en alto como si fuera tierra conocida, pero por dentro los nervios se retorcían en los estómagos de cada uno de ellos. ¡Los hombres de la patrulla fronteriza estaban como halcones tratando de capturar a cualquier sospechoso, pero en frente de sus ojos pasó mi familia! Subieron al avión y llegaron por fin a Albuquerque. En esos años era fácil llegar a la tierra de las grandes promesas. Mi padre dice: “esta vez fue la más memorable para llegar a la tierra que mana leche y miel, pero le agradezco a mi Dios que nos puso a esos pequeños coyotitos y nos trajo con bien, no como mucho gente que sufre tanto para llegar a este país”.